



Director: Miguel Ángel Puig-Samper

Comité científico:

Emiliano Aguirre
Raquel Álvarez Peláez
Alfredo Baratas
M.^aÁngeles Calatayud Arinero
Horacio Capel
Joaquín Fernández Pérez
Andrés Galera Gómez
Armando García González
Thomas F. Glick
Antonio González Bueno
Alberto Gomis Blanco
Dolores González-Ripoll

Dolores Higuera Rodríguez
Rafael Huertas
Jaume Josa i Llorca
Manuel Lucena Giraldo
José María López Piñero
José Luis Maldonado Polo
M.^a Dolores Parra del Río
José Luis Peset Roig
Francisco Pelayo López
Javier Puerto Sarmiento
Rosaura Ruiz G.
Graciela Zamudio Varela

Editor: Pedro Miguel Sánchez Moreno

Colección en colaboración con el Departamento de Historia de la Ciencia del Instituto de Historia del CSIC.

ANTONIO GONZÁLEZ BUENO
ALBERTO GOMIS BLANCO

LOS TERRITORIOS OLVIDADOS

*Estudio histórico y diccionario de los naturalistas
españoles en el África hispana
(1860-1936)*

EDICIONES DOCE CALLES

THEATRUM NATURAE. Colección de Historia Natural

© Del texto: Antonio González Bueno y Alberto Gomis Blanco.

© De la presente edición: Ediciones Doce Calles S.L.

EDICIONES DOCE CALLES, S.L.

Apdo. 270. 28300 ARANJUEZ (Madrid)

Telf. (+34) 902 197 501 Fax. (+34) 91 875 41 38

e-mail: docecalles@docecalles.com

ISBN 13: 978-84-9744-067-7

Depósito Legal: M-35.816-2007

Diseño, maqueta y composición: Servicios Integrales de Edición Távara, S.L.

Impresión: Gráficas Muriel, S.L.

Encuadernación: Ramos, S.A.

*A quienes vivieron y sintieron
estos 'territorios olvidados', en
justo reconocimiento a su
trabajo colectivo*

El español que, sabiendo leer y escribir, visita, aún sin salir de Tánger, el imperio de Marruecos, se considera en el deber de conciencia de hacer partícipes de sus impresiones á todos su compatriotas, para que éstos y el Gobierno sepan á qué atenerse respecto de un país en el que tiene ó debe tener España fija su mirada en el ave que ha de hacer su presa. Países hay cuyo conocimiento sólo se adquiere poseyendo el de su lengua y tras largos años de estudio y residencia; pero, por fortuna, nada de esto sucede en Marruecos, donde, si la lengua es recia de pronunciar y aprender, no estorba su ignorancia al viajero, que parece dotado de sobrehumana penetración y aún del dón de ubicuidad.

Wenceslao Ramírez de Vila-Urrutia. Una embajada á Marruecos en 1882. Madrid, Sucesores de Rivadeneyra. 1883, pág. 33.

Basta ya de colonizar a estilo de la Edad Media o poco menos. Bien están los aviones y las más perfeccionadas ametralladoras auxiliando la labor de nuestros soldados y economizando su sangre generosa. Pero que no sean estos ingenios, ni siquiera las locomotoras, las únicas muestras que de país civilizado exhibamos ante indígenas y extranjeros.

Yo apoyaría esta súplica en una razón que, aunque no hubiera otras, nadie puede desoír: Es preciso que no vengán nuestros vecinos a estudiar el Marruecos español. Algo se ha andado ya en este camino, y a poco que nos descuidemos pasaremos por la vergüenza de que nos enseñen los extranjeros lo que tenemos en casa. Si eso llega a ocurrir, nuestra posición sería algo peor que desairada... hay que evitarlo a todo trance.

Lucas Fernández Navarro.

« La investigación científica en Marruecos». Marruecos. Revista Ilustrada, 9:7. Madrid, 1920.

AGRADECIMIENTOS

Este libro ve la luz, finalmente, gracias al apoyo de la Consejería de Agricultura y Pesca de la Junta de Andalucía. Fue redactado, compuesto y corregido tiempo atrás; Eugenio Morales –uno de los tres protagonistas que estaban vivos en aquellos momentos– amablemente redactó el prólogo del mismo en 1998. Hemos optado por mantener la obra tal como él la conoció, limitándonos a señalar las fechas de fallecimiento de él mismo, de Francisco Español y de Dionisio Peláez, los únicos testigos vivos, en aquellos momentos, de estas extraordinarias aventuras.

Por lo que se refiere al conjunto de la obra, hemos actualizado la bibliografía, en aquellas ocasiones en que la obra aparecía en prensa. Por otro lado, hemos considerado necesario incorporar, al final de la misma, en el apéndice III, una actualización bibliográfica en la que se recogen aquellos trabajos, publicados después de 1998, que abordan de manera expresa algunos de los contenidos de estos *territorios olvidados* o de los protagonistas en ellos.

El texto tuvo su génesis en un proyecto de investigación, subvencionado por la Universidad Complutense de Madrid durante el trienio 1992-1994, en el que participaron, junto a nosotros, Daniel Sánchez-Mata, Raúl Rodríguez Nozal y Rosario Gavilán García. Su trabajo, dentro de este proyecto, fue de especial utilidad para emprender esta obra que ahora culminamos.

Eugenio Morales Agacino nos permitió acceder a su fondo bibliográfico, nos facilitó manuscritos y fotografías y, con sus recuerdos, constituyó un acicate de extraordinario valor para que este texto avanzara hacia su culminación.

En el recuerdo permanecerán siempre las conversaciones mantenidas con él y con Josep Cuatrecasas Arumí. Los familiares de Ignacio y Cándido Bolívar han estado en todo momento dispuestos a recordar, con nosotros, la labor

científica y humana de sus progenitores. Gonzalo Lozano, en la etapa final de nuestro trabajo, nos ha facilitado datos sobre su abuelo –Luis Lozano Rey– y su padre –Fernando Lozano Cabo–, además de algunas fotografías de su colección particular. También Orestes Cendrero Uceda nos proporcionó datos biográficos de su abuelo –Orestes Cendrero Curiel–.

Dos instituciones han sido fundamentales para llevar a término nuestras investigaciones: la Biblioteca Nacional de Madrid, que conserva un excelente fondo africanista, y el Archivo General de la Administración Civil del Estado (Alcalá de Henares), donde se custodia abundante documentación, escrita y gráfica, sobre las personas, instituciones y expediciones desarrolladas en territorio africano.

Han sido muchas otras las instituciones que nos han brindado su apoyo, facilitándonos la consulta de los fondos en ellas conservados; entre otras debemos agradecer su colaboración a las personas que nos atendieron en el Institut Botànic de Barcelona, Instituto Español de Oceanografía, Instituto Geológico y Minero de España, Museo de la Farmacia Hispana (UCM), Museo Nacional de Ciencias Naturales (CSIC), Real Sociedad Española de Historia Natural, Real Jardín Botánico (CSIC), Seminario de las Ciencias y Técnicas de Aragón, Universidad de Alcalá y Universidad Complutense de Madrid.

En diferentes momentos hemos solicitado la ayuda de algunos compañeros que, generosamente, nos la han brindado poniendo a nuestra disposición su acervo documental, en ocasiones inédito; este libro es deudor del trabajo de Carlos Aedo, Ramón M. Álvarez Halcón, Alfredo Baratas Díaz, Ángeles Bernardo López, Santos Casado de Otaola, Javier Dosil, Joaquín Fernández Pérez, Cristina Jerez Basurco, José Luis González Escrig, Jaume Josa i Llorca, Eugenia Mazuecos, Josep M.^a Montserrat, Félix Muñoz Garmendia, Francisco Pando, Francisco Pelayo López, Antonio Perejón Rincón, F. Javier Puerto Sarmiento, Miguel Ángel Puig-Samper, Raúl Rodríguez Nozal y Nourdine Sakoua.

A todos ellos nuestro sincero agradecimiento por el tiempo que nos han dedicado y la ayuda proporcionada.

Madrid, mayo de 2006

Antonio González Bueno (UCM)

Alberto Gomis Blanco (UAH)

PRÓLOGO

Este excelente y extenso trabajo de los señores González y Gomis constituye un hito de singular importancia e imprescindible consulta para cuantos deseen introducirse en el estudio de todo lo referente a la acción, durante tres cuartos de siglo, de los naturalistas españoles en la extensa región que ellos denominan como África hispana. La situación en estos territorios no era nada estable. Sus propios problemas y las poco solidarias y contradictorias políticas de las potencias europeas hacían que fuese una verdadera y peligrosa aventura cualquier cosa que en ellos se pensase hacer.

Todo ello no arredró lo más mínimo a cuantos querían conocer lo que este atractivo territorio encerraba, y ya fuese individualmente o mediante un esfuerzo colectivo, se empezó a actuar sobre él. Como siempre ha ocurrido, pero esta vez justificado por las secuencias del desastre colonial del 98, la comprensión oficial sí existió, pero la ayuda efectiva fue prácticamente nula. Quien aportó gran cantidad de datos de todo tipo fue Manuel Martínez de la Escalera, extraordinario recolector e incansable viajero para quien no existían distancias ni estrecheces en todo lo que afectara a recorrer, observar y recolectar cuanto encerrara la región elegida, y que debidamente ordenados ingresaban más tarde en nuestro Museo Nacional de Ciencias Naturales, sito en Madrid, y sabiamente dirigido por esa otra excepcional figura que fue Don Ignacio Bolívar y Urrutia.

No quiere decir todo ello que fueran pocos y nada protegidos los naturalistas que recorrieron estas tierras. Afortunadamente las fuerzas militares en ellas destinadas nunca dejaron de ayudarles y aún hay más, ellas mismas no dejaron de hacer por su cuenta todo aquello que condujera a su mejor conocimiento. Ejemplo de ello fue la intensa labor botánica de Pío Font Quer, quien, con su doble estado de

militar y farmacéutico allí destinado, adelantó como nadie todo lo referente a la flora.

Pero a la iniciativa personal debe añadirse la de aquellas sociedades culturales y de otro tipo que con su limitado poder económico e influencia allí se vertieron. La más señalada fue sin duda alguna la Española de Historia Natural, a la que siguieron una corta serie de Comisiones e Institutos más o menos oficiales sobre Geología, Oceanografía y otros diversos temas.

Cuanto allí se recogía —a veces mucho, otras no tanto— fue a parar parcialmente a engrosar las colecciones del Museo de Ciencias Naturales y el Jardín Botánico, tras pasar por el previo definitivo estudio que le hicieran los respectivos especialistas, quienes a veces por falta de medios, los encargaban a destacados profesores de centros no españoles.

Este trabajo de González y Gomis dedica más de treinta páginas a reseñar cronológicamente y en dos columnas enfrentadas cuanto aconteció. Una reseña la vida socio-política, y otra, las expediciones en África, ambas por su contenido son de un enorme interés y su utilidad sobrepasa a cuanto pueda pensarse. Un par de ejemplos lo exponen bien claro. En 1859 declaramos la guerra a Marruecos, ese mismo año F. Weyler inicia sus herborizaciones en él. En 1874 Martínez Campos realiza en Sagunto su pronunciamiento, por esa fecha Iradier inicia su primer viaje a Guinea. Como se observará y es fácil de deducir, la lectura o consulta de esas dos columnas es más que subyugante y en extremo útil, dándoles un valor sin límite y considerada como ejemplo de trabajo a seguir por muchos estudiosos.

Termina esta exhaustiva obra con una larga relación de un par de cientos de bio-bibliografías de todas aquellas personas que se ocuparon de recorrer y estudiar estos territorios. Ordenados alfabéticamente, empieza por el ingeniero de minas Don Luis Adaro, nacido a mediados del siglo XIX, y acaba con Don Antonio de Zulueta, notable naturalista que falleció en 1971.

Obras como ésta que prologamos son muy difíciles de darlas a conocer. Su consulta diaria y la apreciación de cuanto en ella se recoge nos dejan impresionados, cosa, que si no hubiera sido un producto de la ya más que reconocida laboriosidad de autores tan excepcionales, dudamos se hubiera hecho.

A ambos mi felicitación, a la que seguirán las de otros muchos, pero que no tendría perdón que faltase la mía, tal vez, la más admirativa y agradecida por cuanto se aprende de las páginas por ellos escritas.

Eugenio Morales Agacino

Madrid, octubre de 1998



4. Manuel Iradier y Bofill (1854-1911).



5. Primera expedición claretiana a Fernando Poo (1883).



6. Comisión de límites de Guinea (1901).



7. Manuel Martínez de la Escalera (1865-1949) fotografiado en 1899, durante su estancia en Alepo (Siria).



9. Luis Lozano Rey, en 1908, sobre la primera embarcación del laboratorio de Porto Pi, el laúd Lacaze-Duthiers –que después recibió el nombre de Averroes–, con el que se hicieron las primeras investigaciones oceanográficas por las costas del Rif. Colección Gonzalo Lozano.



31. *Campamento militar en Bab-Tamsi, comienzos de julio de 1927. Fotografía de Pius Font i Quer.*



32. Targuist. Hospital militar. Enrique Gros (sentado) preparando plantas frente a la atenta mirada de Pius Font i Quer. Fotografía de Pius Font i Quer.



34. Llano amarillo, 1.600 metros. Fotografía de Pius Font i Quer, junio de 1927.



35. Campaña de Targuist. Pius Font i Quer junto a un caid local. Fotografía de Pius Font i Quer, campaña de 1927.